

LEVANTADO DO CHÃO Y EL CLAMOR DEL PRESENTE

MIGUEL ALBERTO KOLEFF

I

“É tempo de ladrar juntos e morder certos”
(SARAMAGO, 1908, p.326)

Después de una actuación política como Director Adjunto del *Diário de Notícias* bajo el signo del socialismo recién inaugurado, Saramago toma una de las decisiones más importantes de su vida, la de consagrarse por entero a la actividad literaria, secundándola con su trabajo de traductor. Sigue que la contrarrevolución de noviembre de 1975 no sólo interrumpió la tarea que tenía asignada sino que instaló en Portugal un clima de época bien diferente del de sus aspiraciones en la prensa.

Esta decisión, asumida con cincuenta y pocos años no le fue desfavorable, sin embargo. Gracias a ella pudo concretar una de las iniciativas que se había trazado aún en ejercicio del periodismo, la de realizar un intenso trabajo de campo -de corte casi antropológico- en las comunidades rurales del Alentejo entrevistando campesinos comprometidos con la reforma agraria. La idea era trazar — a su modo y con su perspectiva- un cuadro social e histórico de esa insurgencia contra el poder latifundista, nacido de la Revolución de los Claveles.

La experiencia, materializada en dos meses de inmersión en la zona misma del conflicto y muchas más de transcripción y escritura, dejó como fruto la novela *Levantado do chão* que — publicada en 1980 — posicionó al escritor entre los mejores de su país. Si bien el libro ocupa un lugar destacado en el conjunto de su obra narrativa, por haber introducido el “estilo escritural” que funciona como marca registrada, su valor en este entrado siglo XXI potencia otras coordenadas de lectura

en las que la denuncia de la injusticia y la desigualdad siguen siendo urgentes, de allí su recuperación para este artículo.

Es cierto que el flujo oral de la prosa va imponiéndose progresivamente en reemplazo de la gramática normativa pero esto no es gratuito; existe una razón que anima el gesto, la aproximación casi corporal del narrador a los personajes que pone en escena. Así, en el tercer capítulo y en el pasaje abrupto de un párrafo a otro, desaparecen los puntos finales e se instalan los diálogos a partir del uso de las mayúsculas.

que idéia teria dado na cabeça de Domingos Mau-Tempo mudar-se para tão longe, este homem é um remendão, um landim relaxado, mas em Monte Lavre já a vida se lhe ia dificultando, era o vinho e alguns tratos de mão canhota, Senhor sogro, empreste-me a sua carroça e o seu burro, que eu vou viver para São Cristóvão, Pois vá e veja se cobra juízo para seu bem, de sua mulher e filho, e traga-me depressa o burro e a carroça, que me fazem falta (SARAMAGO, 1980, p.25)

El escritor ha conseguido — con este recurso — inmiscuirse en la conciencia misma de los seres ficticios que ha creado sin la mediación de una voz conductora, lo que significa que este repliegue sintáctico no puede leerse por fuera del eco que suscita la asunción de un punto de vista. O, como diría Didi-Huberman, la toma de posición a la que invita el acto de saber. Al fin y al cabo, para comprender “hay que implicarse, aceptar entrar, afrontar, ir al meollo, no andar con rodeos, zanjar... para saber hay que tomar posición, lo cual supone moverse y asumir constantemente la responsabilidad de tal movimiento” (2008, p.10).

En este sentido, el ensayo filosófico que Saramago dibuja con su novela construye el escenario de la revolución como aquel que pone fin — no sólo a una dictadura virulenta de vastísima data — sino también a los ecos tardíos de un feudalismo medieval todavía asequible en los años 1970 y que afecta a un sector mayoritario de la población sustraído de las benesses del poder.

Para cumplir este cometido, el autor se vale de un núcleo familiar al que designa Mau-Tempo, con el propósito de engarzar diferentes generaciones reunidas en un mismo clamor colectivo (el mal tiempo de todos los tiempos), lo que hace posible identificar en las figuras de Domingos, João o António — abuelo, padre, hijo — una misma variable en línea consecutiva. Se trata de un grupo de campesinos de Monte Lavre que — padeciendo los mismos infortunios del resto (hambre, trabajo forzado, humillación etc.) está disponible para subvertirse en defensa de los derechos ultrajados.

Del otro lado de la frontera, aquella que los grafica como enemigos palpables, iracundos y violentos, están los dueños del latifundio, conformados a partir del sufijo “berto” que aglutina sus nombres. Son los Norberto, Alberto, Adalberto, Clariberto etc. que la novela dispone conforme a las épocas y lugares en los que engarza una unidad indivisible de poder y posesión. Detentores individuales de los bienes comunes — la tierra en primer lugar — están resguardados por las autoridades gubernamentales de turno durante la monarquía, la república y la dictadura que -para ellos- son sólo efectos de contingencia. Tanto es así que iglesia, guardia y policía política (PIDE) funcionan como salvoconducto y enclaves necesarios para asegurar su predominio y fuerza.

El relato ejecuta -en un ritmo meduloso que se arrastra por el siglo XX- las alternativas de una pugna entre trabajadores y patrones, poniendo el acento en algunos acontecimientos memorables realizados a modo de hitos. Así, por ejemplo, destaca algunas huelgas que son producto del reclamo salarial (como la de los “treinta y tres escudos”) y varias escenas de represión militarizada (como “la del 23 de junio” en la que se asalta un comicio popular en demanda de trabajo) a las que conjuga con episodios menores de intrigas palaciegas, distribución clandestina de panfletos, reuniones camufladas; y otros mayores, de prisiones, torturas y muertes como las de Germano Vidigal y José Adelino dos Santos, seres de carne y hueso que se extrapolan ficcionalmente y que la novela honra en la dedicatoria.

Esta opción escritural y esta armazón narrativa marchan en función de un hilo conductor que se resuelve en el capítulo final que coincide con la toma de las fincas por parte de los agricultores, ese día “levantado y principal” en el que se reivindican siglos de humillación y afrenta, al lado de los muertos que acompañan la travesía desde un lugar invisible a los ojos humanos.

Queda claro — entonces — que aunque haga foco en un elemento puntual de la historia portuguesa contemporánea, *Levantado do chão* tiene algo importante para aportar a nuestros días, la capacidad de avivar la resistencia del pueblo frente a aquellas acciones políticas que se concatenan para avasallarlo. La consigna es una sola, levantarse ante la injusticia y la desigualdad.

II

Andamos a ladrar há tanto tempo, um dia destes calamo-no e mordemos (SARAMAGO, 1980, p.360)

Que *Levantado do chão* (1980) sea una novela política nadie lo duda. Y no sólo eso, posiblemente una de las más agudas del siglo XX desde que no escatima

información acerca de la reforma agraria del Alentejo después de la Revolución de los Claveles. El tema es que va más allá de la descripción de los acontecimientos y pone en juego la trama urdida por el latifundio para aniquilar rebeldes apoyándose en instituciones de estado disponibles a su servicio.

Si uno piensa la existencia de una dictadura que se vale de patoterismos y prebendas para funcionar puede entender perfectamente esta lógica, lo que no sucede al imaginar un régimen democrático que asegura derechos constitucionales. El día a día, sin embargo, no deja de sorprendernos a este respecto y el envalentonamiento de las fuerzas de seguridad de este último tiempo parece ser la prueba más cabal de que algo raro está pasando en el mundo entero.

Cuando accedemos a este libro de Saramago por la vía principal, recalamos en estos episodios centrales que tanto ayudan a entender el final del salazarismo en Portugal con sus implicancias sociales y económicas. Sin embargo, hay otro abordaje nada desdeñable en el que podemos reconocer un manual de instrucciones destinado a crear conciencia acerca de la violencia y de sus excesos. Es sobre este punto que me interesa volver la mirada en este artículo y mensurar algunas escenas.

Asumiendo este desafío, advertimos que la novela se construye sobre el concepto de seguridad asociado al de nación y — por esta causa — los dueños de la tierra, además de administrar la mano de obra que la trabaja, cuenta con la «guardia» que protege sus límites y la policía política que la preserva de la amenaza extranjera. A saber, el comunismo internacional que viene a arrasar con la propiedad privada, de manera casi fantasmática como se creía en esa época. Lo que sigue es fácil de entender desde que se puede homologar a los años de plomo de nuestro país, esto es, la animadversión contra la guerrilla engendrada por el propio sistema como válvula de escape y el recrudescimiento de la lógica militar que trae aparejada la amenaza así configurada.

Una vez establecidos esos dos extremos y estandarizados en términos ideológicos de manera irreductible, nada bueno puede esperarse de la maquinaria bio-política puesta en funcionamiento. El campesino deja de ser un humilde labrador para transformarse en conspirador si habla de condiciones laborales o pretende asumir una actitud corporativa como claramente lo demuestra Saramago al elegir como protagonistas a João y António Mau-Tempo. Estos hombres no sólo tienen alta conciencia de sus derechos y obligaciones sino que están dispuestos a poner el cuerpo para enfrentarse a la explotación sin treguas que busca subsumirlos,

E diz o feitor, Eles querem aumento do salário, dizem que a vida está cada vez mais cara e que passam fome. E diz Sigisberto, Com isso não tenho eu nada, salário é o que quisermos pagar, a vida também está cara para nós. E diz o

feitor, Eles dizem que se vão juntar para falar ao patrão. E diz Norberto, Não quero cães a ladrar atrás de mim (SARAMAGO, 1980, p.305)

De esta manera, desde la segunda mitad del libro en adelante, estos atisbos de enfrentamiento entre trabajadores y patrones se hacen signo material concreto. Asistimos entonces a escenas de importante virulencia: trabajo forzado, persecución gremial, prisiones, torturas y muertes, inclusive. No nos sorprende entonces que João Mau-Tempo sufra la afrenta del poder terrateniente con una saña poco acostumbrada. Y el capítulo 24 es bien elucidativo — en este sentido — sobre todo a la hora de describir “la estatua”, una de las formas de tortura elegida por la PIDE para sacar verdad de mentira respecto de una huelga autoconvocada.

Podríamos insistir sobre los métodos de interrogatorio en situaciones equivalentes pero sería irrelevante porque sabemos que la fabricación de cabecillas supone la descalificación de una conciencia despierta. Salvo Albuquerque, que por algún motivo confiesa más de lo que sabe, los paladines de la épica saramaguiana pueden jactarse de mantenerse incólumes frente al atropello: “isso que me pede não posso dar, não posso dizer porque não sei, e se soubesse não sei se diria” (p. 161). Así las cosas, con su detención en Caxias — cárcel homologable a la de nuestros centros clandestinos — João Mau-Tempo se transforma en un preso político sin derecho a juicio por reclamar prerrogativas sólo permitidas a la clase dirigente.

Los últimos pasajes de la narrativa no son diferentes de los hasta ahora enumerados salvo por dos aspectos: los personajes ya están entrenados en la persecución y el acoso, y saben hacerle frente; por otro lado, las circunstancias políticas de Portugal con la revolución en marcha, parecen estar a su favor. En este sentido, la llamada “carga del 23 de junio” que recuerda la fecha de la mayor represión de Monte Lavre en contra los trabajadores que clamaban por trabajo en la plaza pública, acabó en desbandada y muerte pero fue el guiño necesario para la ocupación de las fincas del capítulo final. Viendo que las circunstancias políticas empezaban a serles adversas, los dueños del latifundio decidieron cancelar la cosecha anual y declararse en rebeldía contra el gobierno impidiendo que los labriegos participasen de la siega. Fue — por así decirlo — una huelga de signo inverso que estimuló — por inconsecuencia — la reforma agraria que no tardó en hacerse efectiva.

La cifra final de la ficción es el levantamiento popular, que puede traducirse también — en términos que son bien conocidos en nuestros días — como el fin de los oligopolios, de los nepotismos, de la plutocracia. La narración de Saramago es un estimulante ejemplo de que la unión hace la fuerza y que se puede ir por más contra la injusticia y la desigualdad.

Coda

Del suelo sabemos que se levantan las cosechas y los árboles, se levantan los animales que corren por los campos o vuelan sobre ellos, se levantan los hombres y sus esperanzas.

(José Saramago)

“O que mais há na terra, é paisagem” (SARAMAGO, 1980, p.11). Así comienza el primer capítulo de *Levantado do chão*, la novela de José Saramago publicada en 1980. Aun cuando abre un texto confesadamente etnográfico¹, no hace foco en los trabajadores explotados sino en el paisaje agreste y duro que les sirve de marco. Es una ecuación difícil de ponderar a primera vista teniendo en cuenta que, para escribir el largo relato, el autor se internó en la Unidade Coletiva de Produção (UCP) Boa Esperança del Alentejo durante cerca de tres meses y recogió testimonios orales que le permitieron construir la historia a contar. Tratándose de experiencias de envergadura, resulta difícil pensar que — al mejor estilo naturalista del siglo XIX — debamos detenernos en descripciones antes de ir al grano.

Sucede que estamos delante de otra cosa. El realismo decimonónico ha quedado atrás y el neorrealismo ha ganado terreno. El texto de Saramago es declaradamente marxista y para esta corriente de pensamiento, el suelo (la tierra) — antes que entorno y referencia — es, sobre todo, base productiva; en ella se asienta la vida humana para transformarla mediante el trabajo. Y no hay documento — en esta perspectiva — que eluda esta relación intrínseca entre hombre y medio en tanto matriz de ideología. Uniendo «una mayor captación plástica con la realización del método marxista» como reclamaba Walter Benjamin (2007, p.463) [N 2,6], la estrechez de este vínculo se hace política y no se reduce a una taxonomía impresionista.

Es obvio que Saramago no puede eludir la dialéctica que está en ciernes. Mostrar el escenario para luego enfocar la historia es un derecho que se arroga de entrada “porque a paisagem é sem dúvida anterior ao homem, e apesar disso, de tanto existir, não se acabou ainda” (SARAMAGO, 1980, p.11). Pero desde el segundo capítulo hasta el final, las cosas cambian: la tierra se define económicamente y se revierte como “propiedad” para extenderse a tres generaciones de una familia de trabajadores rurales del Alentejo.

En esa trama concentrada, el libro acoge la diferencia de clase que separa a los ricos de los pobres y crea esos intersticios que quiebran su monocromía. Nos avisa que el poder acecha a través de los “donos do cutelo” y “consoante o tamaño e o ferro ou gume do cutelo” y se pregunta por “esta outra gente... solta e miúda, que veio com a terra, embora não registada na escritura, almas mortas, ou ainda vivas?”

(p.14) que corren la suerte del alcornoque con el que se miden, “que vivíssimo, embora por sua gravidade o não pareça, se lhe arranca a pele. Aos gritos”(p11).

Saramago es prolífico en su intención. Presenta la variabilidad que ofrece el paisaje a quien lo observa desde fuera, pero señala también la intensidad de la mirada del que lo habita por dentro. Y, debido a esta razón, el suelo que a veces es verde, amarillo, castaño o negro se tiñe en ocasiones de “sangue sangrado” (p.11) para mostrar la desigualdad social que deja al descubierto el latifundio. En esa imagen, que representa “una constelación saturada de tensiones”, el tiempo se detiene y se tensiona porque “mientras la relación del presente con el pasado es puramente temporal, la de lo que ha sido con el ahora es dialéctica: de naturaleza figurativa” en términos benjamianos (BENJAMIN, 2007, p.465) [N 3, 1]².

Si el paisaje no se inscribe — entonces — al margen de las condiciones productivas que lo articulan, es la historia la que define su continuidad y repetición, pero también su ruptura. El mismo tiempo que lo erosiona crea honduras por donde suele colarse el reclamo de justicia siempre pendiente. O — como afirma Benjamin — “el recuerdo obligado de la humanidad redimida”³ (BENJAMIN, 2010, p.39) [Ms-BA 491] que se traduce como resistencia. Entendamos que la escritura de la novela coincide con la reforma agraria instrumentada a partir de 1975 como consecuencia de la revolución de los claveles. Portugal sale — casi distópicamente — de una estructura feudal para afirmar las benesses de un sistema económico más inclusivo y cooperativista. Y es esa transición, no exenta de mártires, la que pretende fidelizarse.

Es el momento en el que el paisaje engendra la matriz de la revolución y por eso, el relato puede decirse de otra manera: “entre torrões e mato, entre restolho ou flor brava, entre o muro e o deserto” (SARAMAGO, 1980, p.12). La tierra que ha sido adueñada por la fuerza, se ofrece sedienta a los hombres que la purgan mediante el trabajo, a los fines de distribuir de manera equitativa sus beneficios y así honrar su existencia.

Puede advertirse entonces que, cuando Saramago erige el paisaje para testimoniar una transformación social opera — aun sin saberlo — con una imagen dialéctica, “cargada de tiempo hasta estallar” (BENJAMIN, 2007, p.465) [N 3, 1]. Aunque las generaciones se sucedan, ese suelo alimentado de tantas injurias asiste al nacimiento de una nueva era que lo reconcilia y redime mediante la movilización popular y la toma de las fincas, sobre el final. Por esta razón, la descripción del inicio del libro no sólo inaugura la epopeya de los Mau-Tempo sino que los pone en armonía con la conciencia histórica instalándolos como los héroes anónimos de una revuelta cívica.

Notas

¹ “E foi assim que durante esses quase dois meses, aos quais acrescentaria depois mais algumas semanas intercaladas, Saramago beneficiou-se do acolhimento afável dos homens e mulheres da cooperativa Boa Esperança para recolher e gravar testemunhos do passado e presente feitos de exploração, humilhação, resistência, transformação e confiança em tempos melhores” (MARQUES LOPES, 2010, p.92).

² Tema ampliado en *El Libro de los Pasajes*: “Las historias previa y posterior de un hecho histórico aparecen, en virtud de su exposición dialéctica, en él mismo. Más aún: toda circunstancia histórica se expone dialécticamente, se polariza convirtiéndose en un campo de fuerzas en el que tiene lugar el conflicto entre su historia previa y su historia posterior. Se convierte en ese campo de fuerzas en la medida en que la actualidad actúa en ella. Y así como el hecho histórico se polariza, siempre de nuevo y nunca de la misma manera, en historia previa e historia posterior. Y lo hace fuera de sí, en la actualidad misma, al igual que una línea, dividida según la proporción apolínea, experimenta su división fuera de ella misma” (BENJAMIN, 2007, p.472) [N 7 a, 1].

³ El origen es la meta, como lo recuerda el epígrafe de Karl Kraus en la tesis XIV (BENJAMIN, 2010, p.27).

Bibliografía

- BENJAMIN, Walter. *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal, 2007.
- BENJAMIN, Walter. “Tesis de Filosofía de la Historia”. En: BENJAMIN, Walter. *Ensayos escogidos*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata, p.59-72.
- DIDI-HUBERMAN, Georges. *Cuando las imágenes toman posición*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2008.
- LOPES, João Marques. *Saramago. Biografía*. São Paulo: LeYa, 2010.
- SARAMAGO, José. *Levantado do chão*. Lisboa: Caminho, 1980.